

Cuando el **AIKIDO**

se convierte en

BUDO



Mi experiencia, después de varios años de intenso trabajo, me ha conducido al descubrimiento de la más profunda cualidad del Aikido: Su dimensión como Budo.

Es frecuente ver en revistas de Artes Marciales imágenes de practicantes, con los pies descalzos sobre la nieve de altas montañas, aguantando estoicamente el frío, o bien, situados al borde de grandes precipicios, derrochando valor ante el inminente peligro. Otras veces, metidos hasta la cintura en el mar "combaten" contra las olas. Toda una variedad de situaciones que presuponen mucha imaginación e ingenio, pero muy lejanas de la simple hondura de la experiencia de Unión, de comunión, del "Aiki".



No obstante, tengo muchas veces la sensación de que no hay verdadera UNION entre la persona, su práctica y el entorno. Me parece, más bien, una hermosa foto de un magnífico paisaje con un personaje "desenfocado".

Sin embargo, creo que sí existe una estrecha relación entre la práctica de las Artes Marciales y la naturaleza. El Maestro Tamura, 8º Dan de Aikido, en su libro "Etiqueta y Transmisión" tiene un capítulo dedicado a "lugares y métodos de la práctica". El marco propio del Budo es un Dojo, sin embargo, su práctica puede mejorar si se realiza en lugares naturales como pueden ser el borde del mar o la nieve.

La práctica del Aikido es una ASCESIS de cada instante, lo que quiere decir que las actividades cotidianas deben ser percibidas como el estudio y la puesta en aplicación de los principios del Aikido. Es inútil buscar la complicación: Basta con relajar los hombros, guardar el Ki en el Seika Tanden, para así tener una actitud justa... Sin embargo, es difícil mantener esta actitud en el frenético ritmo que nos impone nuestra forma de vida.

En mi caso, como en el de tantos otros que viven en las grandes ciuda-

des, tengo muy difícil escapar del medio urbano. Normalmente nuestros Dojos están situados en plantas bajas o sótanos de grandes edificios (una servidumbre de la especulación del suelo...) Quizá por ello cuando viajo a pequeñas ciudades siento una gran liberación. Como la que disfruté recientemente.

Practicábamos en un lugar donde se experimenta una sensación de enorme lejanía. Un lugar donde se hubiera retirado el antiguo ermitaño, o donde, de haberlo conocido, a buen seguro hubieran construido una fortaleza los Templarios, monjes guerreros. Practicábamos con el sereno y majestuoso Monte Teide sobre nuestras cabezas, cubiertas las cumbres por un pequeño manto blanco, contemplando un hermoso Valle, desbordante de frondosa vegetación de múltiples colores... y al frente el infinito, el inmenso océano.

Tan grande era la visión del espacio que percibíamos la redondez de la

Tierra. Inmerso en ese embrujo he tenido una extraordinaria experiencia. Movido por un impulso emocional he sentido la necesidad de coger mi "bokken" de encina blanca, sentir el agradable contacto en mi mano de la noble materia, notar su peso, su volumen, con los que me encuentro identificado. Y he empezado a cortar en el espacio, a partir de mi centro, de mi eje, del eje de esa Tierra que percibo a mi alrededor; sin violencia, acariciando la brisa, buscando la armonía de mis movimientos en el espacio, con una respiración cadenciosa, emitiendo el aire desde lo más profundo de mi ser y acompañándolo con un sonido que surgía desde allí.

Tratando de no perturbar aquel instante me he sentido invadido por la magia, de lo inefable; una sensación que me acompaña desde entonces y que recordaré siempre. Eso es Budo. ✕

